

ciertos delitos llegan á colmar la medida, el ángel se apresura con su infatigable agilidad y presteza, y cual el tizon que rueda velozmente, la inmensa ligereza de su movimiento hace que se halle presente en todos los puntos de su terrible órbita; recorre en un momento todos los pueblos de la tierra; otras veces, ministro de una venganza precisa é infalible, se dirige sobre ciertas naciones y las inunda de sangre. No esperéis que hagan esfuerzos para sustraerse á su juicio ó abreviarlo; creerías ver en ellas á ciertos grandes delincuentes, que impulsados por su conciencia, piden el suplicio y lo aceptan por hallar en él su expiación. Mientras que les quede sangre, vendrán á ofrecerla, y pronto una *poca numerosa juventud* oirá contar las guerras desoladoras producidas por los delitos de sus padres.

» Es, pues, divina la guerra, porque es una ley del mundo; es divina por sus consecuencias de orden superior, tanto generales como particulares; consecuencias poco conocidas porque son poco buscadas, pero no por ello menos ciertas. ¿Quién podría dudar que la muerte en los campos de batalla tiene grandes privilegios? ¿Quién podría creer que las víctimas de este espantoso juicio derramen en vano su sangre? No es conveniente insistir sobre estos puntos en un siglo puramente físico; pero fijemos nuestros ojos en el mundo invisible que de todo nos dará explicaciones.

» La guerra es divina en la misteriosa gloria que la circunda y en sus irresistibles atractivos. Divina es en la protección concedida á los grandes capitanes que por mas osados que sean, rara vez son heridos en las batallas, y cuando su fama no puede aumentarse es que su misión está cumplida (1). Divina por el modo con que se declara. Los autores inmediatos de las guerras son arrastrados por las circunstancias, en el momento preciso en que Dios se adelanta para vengar las iniquidades de los hijos de los hombres, y la tierra, ávida de sangre, abre su boca para recibirla y guardarla en su seno hasta el instante de restituirla. Se dirá tal vez que « al » mas mínimo interes, las fulminantes majestades anuncian con la pólvora sus voluntades » homicidas; » pero estas bajas consideraciones no deben privarnos de dirigir nuestra vista mas arriba.

» Divina es la guerra en sus resultados, que se sustraen absolutamente á las especulaciones de la razón humana; pues pueden ser totalmente diferentes entre dos naciones, aun cuando la acción de la guerra se haya manifestado igual por una y otra parte. Hay guerras que envilecen á las naciones por varios siglos, así como otras las elevan y perfeccionan bajo todos los aspectos y las restauran en un instante de sus pérdidas momentáneas con un aumento visible de población. La historia nos presenta muchas ve-

(1) Carlos V decía: ¿Se ha oído decir alguna vez que una bala de cañón haya herido á un emperador? C.

ces el espectáculo de una población rica y crecientemente entre las mas mortíferas batallas; pero hay guerras viciosas, guerras de maldición, que la conciencia reconoce mas bien que el raciocinio; con ellas las naciones quedan heridas de muerte en su poder y en su carácter; el vencedor queda degradado, empobrecido y gime entre sus tristes laureles, mientras que en la tierra del vencido no hallaréis al poco tiempo un telar, ni un arado á quien falte mano que le dirija.

» Divina es la guerra por la indefinible fuerza que determina sus acontecimientos. No creo que Turena haya dicho: *Dios está siempre por los mas gruesos batallones*; ó tal vez lo dijese chanceándose, ó si lo dijo seriamente, pudo ser en sentido limitado. En verdad Dios, en el gobierno temporal de su providencia, no deroga (excepto el caso de un milagro) las leyes generales; y como dos hombres son mas fuertes que uno, cien mil deben tener mas fuerza que cincuenta mil. Cuando pedimos á Dios que nos conceda la victoria, no le suplicamos que rompa las leyes universales; pero estas se combinan de mil modos diferentes y se dejan vencer hasta cierto punto. Tres son mas fuertes que uno, es cierto; pero un hombre hábil puede aprovechar ciertas eventualidades y un Horacio matar á tres Curiacios. Un cuerpo que tiene mayor masa, tiene mas movimiento: no hay duda si las velocidades son iguales; pero es lo mismo tener tres de masa y dos de velocidad que tres de velocidad y dos de masa. Así un ejército de cuarenta mil hombres es inferior físicamente á uno de sesenta mil; pero si el primero le supera en valor, experiencia y disciplina, podrá derrotar al segundo, porque tiene mas acción con menos moles. Las guerras, pues, suponen cierta igualdad, de otro modo no podría haberlas; así es que jamás he leído que la República de Ragusa haya tenido guerra con el Gran Turco ó Ginebra con el rey de Francia (1). En el mundo político hay siempre cierto equilibrio que no depende del hombre en romperlo, excepto en raros y limitados casos; y de aquí el que sean difíciles las coaliciones, pues de otro modo, estando la política tan poco acorde con la justicia, cada día se unirían los pueblos para destruir á un poderoso. Ahora rara vez se arriesgan estos proyectos, y hasta el débil huye con admirable facilidad. Cuando una potencia preponderante asombra al universo, causa despecho el no encontrar medios de refrenarla y se prorrumpe en vituperios contra el egoísmo y la inmoralidad de los gabinetes que impiden que se unan todos para evitar el daño común; pero en el fondo no son justos estos lamentos. Una coalición entre muchos soberanos, fundada sobre principios de una moral pura y desinteresada, sería un milagro. Dios, que de nadie necesita y nada hace inútil, devuelve el equilibrio por dos medios muy sencillos; ó el gigan-

(1) La tuvo. C.

te se arruina á sí mismo, ó una potencia muy inferior entorpece su soberbio viaje echando un obstáculo que imperceptible al principio, se aumenta sin saber cómo y llega á ser insuperable, al modo que una ramita detenida en la corriente de un río produce una aglomeración de tierra que hace desviar su curso.

» Volviendo, pues, á la hipótesis del equilibrio, á lo menos aproximativo, que siempre lo habrá, bien porque las potencias beligerantes sean iguales, bien porque las mas débiles tengan aliados, ¿cuántas circunstancias imprevistas pueden descomponerlo y hacer conseguir ó desvanecerse los mas grandes pensamientos, á despecho de todos los cálculos de la prudencia humana? Cuatro siglos ántes de nuestra era, algunos gansos salvaron el Capitolio, y nueve siglos despues de ella, reinando Arnulfo, Roma fué tomada por una liebre, y ciertamente ni una ni otra parte contaba con semejantes aliados ó enemigos. La historia está llena de tales acontecimientos inconcebibles que hacen fracasar las mas fundadas especulaciones. Si despues consideramos la importancia que tiene en la guerra el poder moral, convendremos en que en ninguna parte se hace sentir mas evidentemente la mano de Dios, ni jamás se recuerda al hombre con mas frecuencia y viveza su nulidad y la inevitable potencia que todo lo regula. La opinion hace perder las batallas y la opinion hace vencer. El intrépido Espartano hacia sacrificios al miedo, y al miedo los hizo tambien Alejandro ántes de la batalla de Arbela, y tenían mucha razón; para corregir esta devoción llena de sentimiento, basta rogar á Dios que nos libre del miedo. ¡El miedo! Carlos V se burló de un epitafio en que se leían estas palabras: *Aquí yace uno que jamás tuvo miedo* (1). ¡Ah! ¿qué hombre no tuvo miedo en su vida? ¿á quién no se le ha presentado ocasión de admirar en sí mismo ó á su rededor ó en la historia la omnipotente debilidad de esta pasión que muchas veces parece que tiene mayor imperio sobre nosotros, cuánto menos racionales son los motivos en que se funda?

» No entiendo el miedo en su sentido mas estricto, el cual es bastante raro, y vergonzoso el creerlo. Hay un miedo femineo que huye chillando, y este es permitido ó mas bien se debe no considerarlo como posible, aun cuando no sea un fenómeno enteramente desconocido. Pero hay otro miedo mucho mas terrible, que ataca al corazón mas varonil, le hiela y le persuade que está vencido.

» Este azote está siempre suspendido sobre los ejércitos. Un día pregunté á un general: *¿Qué es una batalla ganada?* y él despues de un momento de silencio, me contestó: *No lo sé*: despues continuó callando algun tiempo y luego añadió: *Es una batalla que el enemigo cree haber perdido*. Nada mas cierto. Un hombre que

(1) Exclamó burlándose: *Es necesario que alguna vez haya despatillado una vela con los dedos; porque hubiera tenido miedo de quemarse*. C.

pelea con otro queda vencido cuando ha sido muerto ó derribado al suelo, quedando el otro en pié. No puede decirse lo mismo de dos ejércitos; el uno no puede ser muerto, mientras que el otro está en pié; las fuerzas se equilibran como los muertos, y especialmente despues que la invención de la pólvora ha producido mayor igualdad en los medios de destrucción, no se pierde materialmente una batalla, es decir, por haber mayor número de muertos en una parte que en otra. Por esto, Federico II, que entendía mucho el arte de la guerra, decía: *Vencer es ir adelante*: ¿pero quién es el que va adelante? Aquel cuyos conocimientos y continente hacen retroceder á su contrario. Es un momento decisivo que se escapa enteramente á la reflexión y en el cual el número nada tiene que ver. La opinion es tan poderosa en la guerra que de ella depende el cambiar la naturaleza del mismo acontecimiento y darle dos nombres diversos por su puro talante. Un general se coloca entre dos cuerpos enemigos y escribe á su corte: *Lo he cortado; está perdido*. El enemigo escribe á la suya: *Se ha puesto entre dos fuegos; está perdido*. ¿Cuál de los dos se engaña? El que se dejó sorprender de la *fria diosa*. Suponiendo iguales las circunstancias, y especialmente el número, mostradme entre las dos posiciones una diferencia que no sea puramente moral. La expresión *rodear al enemigo* (*tourner*) es una de aquellas que la opinion aplica á la guerra del modo que ella la entiende. Una Espartana, al oír que su hijo se quejaba de que su espada era muy corta, le respondió: *Adelanta un paso*; pero si el jóven hubiera podido hacerse oír desde el campo y hubiese dicho á su madre, estoy cercado, ella le habria contestado: *Huye*. La imaginación es la que pierde las batallas.

» Ni aun el día mismo en que se dieron se sabe si fueron perdidas ó ganadas, sino á la mañana siguiente ó dos ó tres días despues. Mucho se habla en el mundo de batallas, sin saber qué son; sobre todo se inclina el vulgo á considerarlas como puntos, cuando cubren dos ó tres leguas de terreno. Dicen con seriedad: *¡Y no sabéis cómo ocurrió aquel hecho y estábais allí!* y sería necesario decir lo contrario, porque quien está á la derecha ¿sabe lo que acontece á la izquierda? Además ¿sabe lo que acontece á dos pasos (1)? Yo me represento una de estas es-

(1) « Habiendo pedido dos veces al duque de Wellington que suministrase documentos para la descripción de una batalla que habia ganado en España, dijo que no contestaba porque de ella sabía muy poco, que se dirigiesen á cualquier otro y serian informados de todo. Quien oye hablar sobre un mismo hecho de armas á mil testigos oculares oye mil narraciones diversas; desde el soldado hasta el general de division, cada uno conoce solo aquello que accedió á su vista; cada uno cree que las acciones y la buena ó mala suerte que tocó á su compañía, á su regimiento ó á su cuerpo, fué lo que ocurrió á todo el ejército. Al mismo tiempo los que combatieron virtuosamente conociendo los peligros que corrían y la duración de la fatiga, afirman y creen que la tropa con la cual se hallaban, fué precisamente la que decidió de la jornada; vice versa el que prestase asentimiento á las interesadas mentiras de los fugitivos, diría que todo

pantosas escenas sobre un vasto territorio, cubierto de todos los preparativos de destrucción y que parece hundirse bajo el peso de hombres y caballos: en medio del fuego y de torbellinos de humo, aturcido y trasportado por el fragor de las armas de fuego y de los instrumentos, por las voces que mandan, que gritan, que se extinguen, rodeado de muertos, moribundos y cadáveres mutilados, poseído alternativamente del temor y de la esperanza, de la rabia y de cinco ó seis pasiones diversas, ¿qué llega á ser el hombre? ¿qué ve? ¿qué sabe á las pocas horas? ¿qué puede sobre sí mismo y sobre los demas? Entre esta multitud de guerreros que combatieron todo el día, sucede con frecuencia que no hay uno solo, ni aun el mismo general que sepa dónde está el vencedor. Pudiera citarse muchas batallas modernas, famosas batallas que mudaron la faz de los negocios europeos y que se perdieron solo porque uno ú otro de los combatientes las creyeron perdidas; de modo que suponiendo iguales las circunstancias y que ni una gota de sangre se hubiese derramado mas por una parte que por su contraria, otro general habria hecho cantar el *Te Deum* y obligado á la historia á decir lo contrario de lo que dirá. Y en nuestros días, tan fecundos en milagros, ¿cuántos acontecimientos contrarios á los mas evidentes cálculos de la probabilidad no hemos visto cumplirse á despecho de todos los esfuerzos de la prudencia humana! ¿No hemos visto hasta perder batallas ganadas? Creo, pues, en general que las batallas no se ganan ni se pierden físicamente, por lo cual conviene pedir á Dios un buen éxito y darle gracias por ello, tanto mas en la guerra, que es la cosa del mundo que mas inmediatamente depende de Dios, el cual respecto de este punto ha querido restringir el poder natural del hombre, y llamarse á sí mismo *Dios de la guerra*. »

§ 2. FUENTES DE LA HISTORIA DE LA GUERRA ;
DESPUES SE HABLA DE LA PRESENTE.

Tres clases de escritores nos han trasmitido las operaciones guerreras: unos, actores; otros, simples relatores; otros, en fin, razonadores, los cuales quisieron reducir las prácticas á ciencia y descubrir y exponer su filosofía. Los primeros pueden considerarse como verdaderos maestros de la ciencia militar, como son los Griegos Jenofonte y Arriano, los Latinos César y Ammiano Marcelino; en la edad média Joinville y Villehardouin, y entre los modernos Rohan, Montecuccoli, Villars, Catinat, Turena,

el ejército se habia desbandado. Aquellas afirmaciones de los buenos soldados los honran porque son sinceras é hijas del espíritu de cuerpo, que es un gran estímulo de virtud militar; el historiador alabando las causas que le han inspirado, debe sin embargo proceder con mucha circunspección en adoptar sus consecuencias. » *Consideraciones sobre los acontecimientos militares de marzo de 1849.*

Federico II, Napoleon y muchos que se formaron en sus escuelas, los cuales, reducidos inesperadamente al descanso, refirieron lo que vieron y meditaron sobre lo que habian referido; y hasta los que ahora nos cuentan la empresa de Argel, las desgraciadas guerras de Kiva y del Afganistan, y la irresoluta expedición de la China.

Es costumbre comun á los historiadores antiguos detenerse en la descripción de las batallas, haciendo un verdadero ejercicio de retórica que los modernos han tratado de imitar, añadiéndole hasta la inconveniencia. Concebidas sus narraciones bajo este aspecto, no suministran gran luz á la historia del arte, y poco mas que la mitología difunde sobre los hechos verdaderos. Si algunos de los historiadores no fueron, sin embargo, hombres de armas, tomaron de estos las noticias que nos transmiten; hablan, pues, por boca de ellos y tienen autoridad. A esta clase pertenece Polibio.

Sobre los hechos que estos expusieron, otros razonaron, y auxiliados de la filosofía dedujeron las reglas del arte. Tales son Frontino, Eliano, Onexandro, Julio Africano, los emperadores Leon y Constantino entre los Griegos, el Latino Vegetio, y los modernos Maquiavelo, Falard, Lloyd, Tempelhof, Retzow y otros muchos.

Algunos trataron de las mejoras de alguna arma en particular, lo que se hizo principalmente respecto de las de fuego cuando no eran todavía tan refinadas que llegasen á hacer que desapareciese la duda sobre su oportunidad; despues sobre el uso y los ejercicios de la caballería, y sobre los órdenes profundo y tenue ó extendido (1).

En nuestros días se ha querido colocar la guerra entre las ciencias, aplicándola todos los progresos y los métodos mas rigurosos, especialmente desde que la Revolución francesa llamó á las ciencias en auxilio de las armas para ayudarla á defenderse contra toda Europa; y las empresas de Napoleon tomaron el aspecto de doctas expediciones, en las que un Estado Mayor sabio dirigía las operaciones y sacaba luz de todos los accidentes. Las terribles lecciones de aquel tiempo se meditaron luego durante una larga paz, y jamas en ningun tiempo se estudió y se hizo tanto respecto del arte militar para mejorar las armas y los métodos y completar la filosofía de esta ciencia. En él se hicieron notables los nombres de Dúmas,

(1) GUISSART, *Mém. crit. et historique sur plusieurs points d'antiquités militaires*, 1773.

— *Mém. militaires sur les Grecs et Romains* 1738.

GUIBERT, *Essai général de tactique*.

NAST, *Kriegsallert hümer*. Stutgard, 1780.

POTTER, *Archéologie*, tomo III.

DECKER, *Batallas y principales combates de la guerra de los Siete Años, considerados principalmente respecto del uso de la artillería con las demas armas* (alem.), 1839.

PAPACINO D'ANTONI, *Exámen de la pólvora*, Turin, 1765, y así otras hasta Napoleon III.

Pelet, Vagner, Muffling, Napier, Chambray Saint-Cyr y otros que omitimos para recordar los dos mas ilustres, el príncipe Carlos y el general Jomini. Pero los libros de esta ciencia solo instruyen á los que ya la saben; de modo que difícilmente recurrirá á ellos quien desee ver cómo la mente dirige el brazo en las misteriosas alternativas de la guerra.

Despues algunos, no satisfechos con tratar cualquiera punto parcial, quisieron extender el prospecto general de los quiseros de este arte de ofensa y defensa, que fué de los primeros que surgieron entre los hombres y tan léjos está todavía de sus mas formidables perfeccionamientos. Entre ellos citaré á Carrion Nisas (1), autor algo apresurado, aunque bueno en la parte antigua: se aprovecha de los clásicos; pero por falta de ellos es inexacto y fugaz en la edad média; en los tiempos modernos faltan las grandiosas teorías hoy generalmente aceptadas, y pierde todo su precio en las guerras de la Revolución. Roquencourt se valió de esta obra en la historia que antepuso al *Curso elemental del arte de la guerra* (2), en donde estando ya informado de las doctrinas recientes, se extiende con desigualdad sobre muchos puntos, y se entretiene principalmente en las guerras de la Revolución y del Imperio.

Hoyers (3) empleó el órden sistemático tan propio de los Alemanes. En la actualidad se está imprimiendo en Paris una *Biblioteca histórica y militar* en la que se reúnen los escritores de esta ciencia, examinándolos detenidamente y apreciándolos segun las opiniones mas autorizadas, y especialmente aquellas que en el *ocio de su breve destierro* expresó el mas ilustre general (4).

Tambien la dócil literatura vino en estos tiempos á coadyuvar á una parte de lo que podia decirse de este arte hasta entónces descuidado, y despues de la *Gröbers Kriegsbibliothek* que se principió á publicar en Breslaw en 1755, aparecieron muchos periódicos militares, de los cuales hoy ven la luz pública doce en Francia, varios en Rusia, dos en Suecia, uno de los cuales inserta las Memorias de la Academia militar de Estokolmo; cuatro en Inglaterra, uno en Sajonia, en Dinamarca, en los Países Bajos, en el reino de Hannover, en el gran ducado de Hesse Darmsdt y en la Suiza; dos en Bélgica, cuatro en Prusia, uno en Viena, donde ademas, de la parte técnica, se insertan documentos importantes para los varios ramos del arte militar y su historia; y en Italia la *Antologia militar* de Nápoles.

Dos Italianos se propusieron tratar en gene-

(1) *Essai sur l'histoire générale de l'art militaire, de son origine, de ses progrès et de ses révolutions*, par le colonel CARRION NISAS. Paris, 1821, 2 tomos en 16°.

(2) *Cours élémentaire d'art et d'histoire militaire à l'usage des élèves de l'Ecole royale, spéciale, militaire*, par ROQUENCOURT. Brusélas, 1836, 4 vol.

(3) *Geschichte der Kriegskunst*.

(4) *Bibliothèque historique et militaire*, par LISKENNE et SAUVAN. Paris, 1836 y siguientes.

ral de la ciencia de la guerra: uno de ellos despues de haberla ejercitado, pudiendo en su consecuencia publicar ideas propias; el otro, extraño á este arte, se ayudó con una extensísima erudición y un estilo que hace nacer flores en los mas ásperos páramos (1). Así es que uno da á su obra el aspecto de una árida demostración geométrica, y el otro siembra allí todas las bellezas de un libro de amena literatura. Ambos se aprovecharon de cuanto se habia escrito anteriormente; pero considerándolo bajo un nuevo aspecto. El Napolitano mira la guerra como un hecho social, y como ciencia relacionada con la civilización, por lo cual en sus diferentes épocas señala las condiciones sociales y de conformidad con ellas, los procedimientos de las várias partes de la ciencia y de la práctica militar, poniéndolas al frente de las artes, de las letras y de las ciencias; vasto cuadro en que los accesorios son á veces mas importantes que el objeto principal, de lo cual no deberá culparle quien conozca la importancia de observar bajo todos sus aspectos los progresos de la civilización (2). El otro se impone límites tal vez demasiado estrechos, que afortunadamente él mismo traspasa para dar á su asunto mayor extensión que la que podia esperarse de su título; porque el ilustre profesor solo se proponia examinar la guerra en sus diferencias entre los pueblos antiguos y modernos; pero de este modo fué acompañando á la ciencia paso á paso y observando sus condiciones en cada época.

Blanc confiesa que dió impulso á su obra y le sirvió de modelo Hugo Foscollo, que ilustrando las obras de Montecuccoli, reunió las condiciones de literato, de pensador enérgico sino profundo, y de soldado; el cual delineando la concordancia del arte de la guerra con los demas y los oficios del historiador de aquella, decia así: « La táctica y la artillería son elementos de la guerra, pero están enlazados con la institución militar que depende de la política: con la es-

(1) *De la ciencia militar considerada en sus relaciones con las demas ciencias y con el sistema social*; discurso IX de LUIS BLANC. Nápoles, 1836.

ZAMBELLI, *De las diferencias políticas entre los pueblos antiguos y modernos*, parte 1ª, *La guerra*. Milan, 1839.

(2) El mejor juez sobre este hecho escribe: « Quelques essais ont été tentés pour une histoire de l'art depuis les anciens jusqu'à nos jours. Tranchant Laverne l'a fait avec esprit et sagacité, mais incomplètement. Carrion Nisas, trop verbeux pour les anciens, médiocre pour l'époque de la renaissance jusqu'à celle de la guerre des Sept Ans, a complètement échoué sur le système moderne. Roquencourt a traité les mêmes sujets avec plus de succès. Le major Cirieau et son continuateur ont fait mieux encore. Enfin le capitaine Blanc, officier napolitain, a fait une analyse intéressante des différentes périodes de l'art écrit et de l'art pratique. » JOMINI, *Précis de l'art de la guerre, ou nouveau tableau analytique*, 1837.

De mucha importancia son los *Aperçus*, y las *Instructions pratiques* del general Bugeaud; quizá en sus preceptos encierra el sentido práctico mejor que no lo ha hecho ningun otro moderno.

EDMUNDO DE LA BARRE DUPARC, *Histoire de l'art de la guerre depuis l'usage de la poudre*. Paris, 1864.

L'art de la guerre développé et expliqué par E. HAMLEY, colonel de l'armée anglaise.